

Mt 13:1-23; Isa 55:10-11; Rom 8:18-23 Tierra en nuestros corazones

¿Alguna vez te has preguntado: ¿Nuestros animales, como perros y gatos, se unirán a nosotros en el cielo?

Escucha lo que dijo San Pablo: *Porque TODA LA CREACIÓN espera, con seguridad e impaciencia, la revelación de esa gloria de los hijos de Dios* (Rom 8:19) ... *para compartir la gloriosa libertad de los hijos de Dios* (Rom 8:21).

¡Eso significa que el cielo va a incluir toda la creación, no solo a los seres humanos!

Porque Su Palabra, la Palabra de Dios, hace que las cosas sucedan. Es como un lenguaje performativo:

En una boda, cuando los esposos dicen sus votos, eso hace que el matrimonio ocurra. Cuando un juez pronuncia un juicio, eso hace que el juicio se cumpla.

Como dijo Dios en la primera lectura: La lluvia y la nieve bajan del cielo y no regresan al cielo, hasta que rieguen la tierra dándonos alimento y vida (Isa 55:10).

De la misma manera, la Palabra de Dios ha bajado del cielo y no regresará hasta que se cumpla la voluntad de Dios para la cual fue enviada la Palabra de Dios (Isa 55:11).

¿Cuál es la Palabra de Dios? La Palabra de Dios es Jesucristo (Jn 1:1-5).

Todo lo que Jesús dijo, todo lo que Jesús hizo, Su amor, misericordia, sanación, perdón y cariño... ¡es la Palabra de Dios hablando y haciendo que suceda lo que dice—¡que es nuestra salvación!

Pero a veces nuestros corazones son como la tierra de un camino duro. Como los escribas y fariseos, podemos pensar que lo sabemos todo. O nuestros corazones pueden endurecerse por el pecado habitual y la ira.

Así que cerramos nuestros corazones a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios no echa raíz. Y como aves de presa, el mismo diablo la arrebató.

A veces nuestros corazones son como la tierra pedregosa. Lo vemos en la Cuaresma, cuando tanta gente viene al Miércoles de Ceniza y eso enciende su fe. Entusiastas, pero en el fondo, superficiales.

La Palabra de Dios sí echa raíz, pero no dura. Cuando nuestras oraciones no son respondidas, cuando sufrimos—como cuando otros se burlan de nosotros... que rápido se desvanece nuestra fe.

A veces nuestros corazones son como la tierra con arbustos espinosos. La Palabra de Dios si echa raíces, pero no da fruto.

Porque las espinas, como los falsos dioses—el deseo de riqueza, poder y placer, se convierten en nuestra prioridad. Ahogan la Palabra de Dios dentro de nosotros. Así que no damos fruto.

Como dijo Jesús, *no pueden servir a Dios y al dinero* (Mt 6:24).

Seamos sinceros. Hay momentos en los que nuestros corazones han sido como cada una de estas tierras. Pero lo que realmente deberíamos querer es un corazón como tierra buena y rica (Mt 13:8, 23).

Eso significa un corazón receptivo. Un corazón que *recibe*, escucha y entiende la Palabra de Dios—en nuestro corazón.

¿Dónde encontramos la Palabra de Dios? En las palabras de las Escrituras, en las palabras de la liturgia, en las palabras de los sacramentos y en la tradición viva de la Santa Iglesia Católica.

Porque un corazón *receptivo* es un corazón que *[da mucho] fruto: unos, el ciento por uno; otros, el sesenta; y otros, el treinta* (Mt 13:23).

¿Qué es esa fruta? San Pablo dice que los *frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo* (Gal 5:22-23).

¿Y qué pasa con el Sembrador? Esta parábola no trata solo de lo bien que *recibimos* la Palabra de Dios, sino también de lo bien que *respondemos* a ella—de lo bien que la difundimos.

Porque hemos sido enviados a este mundo no solo para recibir, escuchar y entender. Hemos sido enviados a este mundo para *vivir* la vida a la que Jesús nos llama. ¡Para vivir una vida de amarnos unos a otros como Él nos ama!

Sin embargo, habrá retrocesos. Como sacerdote, muchos padres vienen desanimados, se culpan a sí mismos, porque por más que se hayan esforzado por transmitir la fe a sus hijos...Se alejaron de la fe.

¿Por qué? Quizás la tierra de sus corazones estaba demasiado endurecida, demasiado superficial, demasiado preocupada por asuntos mundanos. No podemos controlar la tierra de otra persona.

Todo lo que podemos hacer, y esto es lo que debemos hacer... ¡es seguir sembrando las semillas! ¡Nunca te rindas!

Así que, recibamos Su Palabra en la confesión cuando Él perdona nuestros pecados. Y que respondamos compartiendo las semillas de Su misericordia con cualquiera que nos ofenda.

Recibamos Su Palabra cuando recibimos la presencia real de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía. Y que respondamos sembrando las semillas de vivir para Dios en Jesucristo,...

...porque *ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (Gál 2:20).

Y recibamos Su Palabra cuando miramos la cruz y recibimos el amor de Su preciosa sangre derramada por nuestra salvación...

Y que respondamos sembrando las semillas de recibir Su amor y usar Su amor para amar a los demás como Él nos ama.